

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción

Año XVII

Febrero de 1940

Núm. 176

Puntos de vista

Un viejo y siempre nuevo problema

SE ha planteado en la prensa por algunos escritores el problema de la ayuda efectiva al escritor nacional. Hemos debatido muchas veces este mismo tópico, cargado de sugerencias. Nunca, que sepamos, se ha podido resolver, porque no es fácil para el Estado realizar la obra práctica de la ayuda a los hombres de letras. Si el Estado les llama para servir puestos en la Administración, se encuentra ante el conflicto de la importancia del cargo y su cuantía remunerativa. ¿Se trata simplemente de darles un sueldo? El político no ha sido nunca comprensivo en este sentido. No ha entendido la misión intrínseca del escritor, no ha querido ver en el otra cosa que un ser desvinculado de toda actividad positiva. El mal y la incomprensión residen en lo que señalamos, puesto que el político, con el tiempo, será gobierno y al serlo continuará pensando de la misma manera que antes.

En algunos países de Europa, el Estado ha resuelto en parte este problema con la fundación de Academias formadas por escritores ya consagrados. Es decir en principio fueron formadas por elementos que ya habían realizado una obra importante y más tarde este número aumentó con la incorporación de otros escritores que comenzaban con éxito su labor literaria. Cada académico goza de un sueldo mensual y de pasajes libres por todos los ferrocarriles del país. En Europa la profesión literaria no es, como entre nosotros, una profesión de desesperados. La edición de obras responde

a un concepto de honestidad editorial. Un escritor puede obtener consoladoras ganancias con una obra, cuyas ediciones sucesivas, bastan a veces para resarcirle de los sinsabores que haya podido soportar en los comienzos de su carrera. El Estado, en seguida le señala un sitio en la Academia y le asegura su porvenir, con prescindencia de las ganancias que obtenga con sus libros.

El pasaje libre que le otorga para ferrocarriles y vapores, dentro del país y por los puertos de la costa, obedece a un principio patriótico y artístico a un tiempo: el Estado quiere que los escritores conozcan íntimamente el país, que lo estudien y lo canten, o señalen, en la medida de lo posible, los defectos o las posibilidades que observen en regiones que solo ciertas pupilas están en condiciones de descubrir.

Surge a esta altura una observación: ¿qué retribuciones doctrinarias exige el Estado? He ahí el problema. En una democracia efectiva no se plantean semejantes retribuciones doctrinarias. Por lo menos ese sería el desideratum. Un Estado democrático acude en ayuda de sus hombres de letras sin más exigencias que la de que cumplan con sus deberes de escritor. Los deberes de un escritor son muchos, pero existe uno entre todos que vale bastante y que es sin duda el de mayor calidad: escribir, realizar bien lo que se toma entre manos. En otros términos, aprovechar el tiempo y demostrar que se ha hecho honor a la confianza depositada en sus aptitudes y merecimientos.

Para algunos temperamentos, el escritor no puede aceptar semejante ayuda, porque su función es por esencia el desinterés. Pero en verdad aun no se ha probado que un hombre de letras, en nuestros medios americanos, pueda vivir con lo que le da su pluma. No hay memoria de un caso semejante. Los libros, esto es bien sabido, apenas si alcanzan ediciones de mil o dos mil ejemplares que se venden lentamente y cuyas ganancias sólo en una mínima parte pertenecen al autor. Si un escritor pretendiera vivir en Chile o en cualesquiera otro país de América, del producto de su pluma, llegaría rápidamente a la más triste indigencia y en el peor de los

casos al suicidio. *¿Y por qué pensar que por el hecho de ser escritores no son acreedores a la consideración y al respeto y sólo han de vivir con el mínimum de comodidades?*

Se ha insistido bastante acerca de lo que en una colectividad representa un escritor. Mucho acerca de lo que un país gana con un núcleo de buenos escritores. Casi estamos por decir que los países se conocen en otras partes sólo por la obra de sus escritores.

Pues bien, estos problemas que se plantean periódicamente en la prensa y revistas, dejan siempre una huella favorable. La lucha sostenida entre el hombre de letras y el medio indiferente, es ya bastante larga y tenemos la evidencia de que ella habrá de ser cada día menos áspera y menos difícil para el escritor. No podemos decir que se ha ganado mucho terreno, pero sí podemos afirmar que las generaciones actuales gozan de una atmósfera más limpia para sus menesteres literarios. Lo que importa es encontrar la fórmula que permita realizar en parte el ideal de una colectividad comprensiva que sepa dar categoría a los que se entregan a la tarea del pensamiento, y no deje perderse en el vacío y en la indiferencia a elementos sociales que, por el espíritu y por el arte, dan una dignidad y una categoría nobles, a esa misma colectividad.